



La albufera valenciana, comunicada con el Mare Nostrum, es otro ejemplo escandaloso de contaminación.

EL ASESINATO DEL MAR MEDITERRANEO

EDUARDO GALEANO

HABIA una vez un mar Mediterráneo... Según Claude-Marie Vadrot, que en estos días publica en París un libro sobre el tema, "Mort de la Méditerranée", la historia del mar Mediterráneo sólo se puede escribir en tiempo pasado. Adorado como un dios, cantado por los poetas, amado y temido por los navegantes, el Mediterráneo ha sido herido de muerte por el capitalismo industrial. El *Mare Nostrum* del Imperio Romano sufre hoy el acoso de enemigos que nada tienen que ver con las hordas bárbaras de la antigüedad, pero que son, éstos sí, salvajes de verdad. Las empresas turísticas, las grandes fábricas, y las refinerías de petróleo han desplazado a las sirenas seductoras en el mar de "La Odisea". El Mediterráneo tenía dimensiones inmensas, antes de llamarse así, para los navegantes griegos, pero hoy sabemos que no mide más que un pañuelo. Treinta y cinco veces menor que el océano Atlántico, es treinta y cinco veces más vulnerable a la polución. Mar cerrado, pequeño y tranquilo, está indefenso ante una civilización que, al revés que Midas, convierte en mierda todo lo que toca.

En la costa mediterránea hay cuatro grandes astilleros, trece centros químicos y petroquímicos,

diez plantas siderúrgicas, seis grandes fábricas de aluminio y muchos miles de fábricas medianas y pequeñas. En quince años, se proyecta, habrá el doble. Cada día, una fantástica cantidad de residuos industriales no purificados se vuelca directamente al mar y lo envenena.

Minamata es el nombre de una bahía y una enfermedad

Según Vadrot, entre Cataluña y el golfo de Génova apenas la quinta parte de las fábricas depura sus desechos. La proporción es todavía menor entre las 60.000 empresas del mar Tirreno. Y el pobre Adriático, atacado a la vez por Italia y Yugoslavia, se ha convertido en un vertedero de fábricas, cloacas, barcos y refinerías.

Cediendo ante el chantaje de la desocupación obrera, Grecia ha aceptado fábricas que vuelcan al golfo de Salónica, cada día, 300 kilos de plomo y ocho kilos de cobre. En 1957, la Cámara de Comercio de Marsella compró a los pescadores del Berre la promesa de que abandonarían su oficio en diez años: así, dinero en mano, los empresarios marseleses ganaron el derecho de poluir a su antojo esa parte del Mediterráneo,

con la complacencia de las autoridades. "Pagamos —dicen los empresarios—, y por lo tanto podemos arruinar el mar impunemente". En todas partes, siempre la misma extorsión ante los Gobiernos y los sindicatos: "Polución o desocupación. Si se nos niega la libertad de arrojar al mar los desperdicios, cerramos las fábricas". Doscientos productos químicos diferentes asaltan el Mediterráneo desde todas sus costas, en un cóctel mortal justificado en nombre del cálculo de costos y rentabilidad de las empresas.

En los últimos tiempos, los ecologistas y los pescadores corsos se han movillado contra la empresa Montedison, que arroja al mar, cada día, 2.000 toneladas de residuos cargados de ácido sulfúrico, sulfatos ferrosos, titanio, manganeso, cromo... Los responsables de la Montedison fueron condenados a pena de prisión. La pena quedó en suspenso cuando prometieron arreglar las cosas de inmediato. Y después, una Ley italiana los autorizó a continuar la polución por lo menos hasta 1981.

Minamata es el nombre de una bahía japonesa. Es también, ahora, el nombre de la enfermedad que el mercurio provoca en el organismo humano. ¿Quién no recuerda el escándalo? Una fábrica

arrojaba a la bahía, desde hacía años, desperdicios que contenían ciertos derivados del mercurio. Al cabo de una década, empezaron las cosas raras. Los gatos, enloquecidos, se arrojaban al mar. "Se suicidan", pensaron los pescadores. Y se descubrió la contaminación: decenas de muertos, miles de hombres marcados para toda la vida, niños condenados a nacer anormales... Los análisis más recientes prueban que por lo menos diecisiete especies de pescados del Mediterráneo superan entre tres y cinco veces la dosis de mercurio admitida por la Organización Mundial de la Salud. El atún del Mediterráneo contiene tres veces más mercurio que el del Atlántico; la pescadilla, ocho veces más. En la región toscana hay cinco miligramos de mercurio por cada kilo de cangrejo, y se encontraron nada menos que 600 miligramos de mercurio por kilo en algunos cachalotes que aparecieron muertos, a principios del 76, en las playas corsas.

El mercurio opera sin apuro, pero implacablemente: a lo largo de los años va destruyendo ciertas células nerviosas. El cadmio se acumula en el hígado, los riñones y el bazo y provoca trastornos cardiovasculares. Todavía se ignoran, en cambio, los efectos que sobre el organismo humano pueden tener el cobre, el manganeso y otros productos que el mar está acumulando y que devuelve al hombre, como vengándose, a través de los peces y los mariscos.

El fantasma más bello del mundo

Al cabo de mil años de esplendor, Venecia cae arrastrada por la crisis del Mediterráneo. El humo



Al cabo de mil años de esplendor, Venecia cae arrastrada por la crisis del Mediterráneo. Ochenta plantas industriales arrojan sus residuos a la laguna sin la menor depuración.

de las fábricas, aliado a la humedad y a la sal, ataca las estatuas y las iglesias, los palacios y los frescos que parecían pintados para siempre. La UNESCO informa que cada año una buena parte de las esculturas venecianas se desvanece, reducida a polvo. Ochenta plantas industriales arrojan sus residuos a la laguna de Venecia sin la menor depuración. Los peces, los moluscos y los crustáceos han huido de la laguna, que ya no tiene oxígeno ni plancton para comer. En los canales, las algas verdes, porfiadas, sobreviven pegadas a los muelles.

Las piedras del Acrópolis sufren, por su parte, el ataque conjunto de la neblina industrial cargada de anhídrido sulfúrico y de los vientos que las golpean con partículas de hidrocarburos arrancadas al mar.

contiene. Cuanto más verde, más rica se presume en plancton y peces.

"Los análisis no significan nada"

En el Mediterráneo se vierten las cloacas de 18 países, 130 ciudades, 120 millones de personas multiplicadas, en verano, por el turismo.

La industria turística, arrasadora, ha devorado los bosques y las pasturas de la costa y ha invadido los espacios agrícolas para cubrirlos de horribles edificios y de grandes hoteles que permanecen muertos diez meses por año.

El turismo, consumidor del Mediterráneo, agrava por su solo peso el problema de la evacuación de las aguas servidas. Lord Richie-Calder, especialista de las Na-

principal caño colector de Marsella.

Desde Gibraltar al Ebro, incluyendo las Baleares, el 90 por 100 de las ciudades y los pueblos carece de plantas depuradoras. De Cataluña al golfo de Génova, el 85 por 100 de las aguas servidas se vuelcan a la costa sin ningún tratamiento. En la costa italiana, apenas el 7 por 100 de los centros urbanos importantes cuenta con equipos depuradores —y la mitad funciona mal—. La costa yugoslava sólo tiene una planta, la de Rijeka; en Grecia se depura el 3 por 100 del caudal de las cloacas. En los demás países, la situación es peor. A lo sumo se cuenta, en algunos lugares, con caños que arrojan los desperdicios a algunos centenares de metros de la costa, los cuales, según los informes de las Naciones Unidas, "no

terráneo, mar prácticamente cerrado, realiza las condiciones óptimas y máximas de contacto entre los hombres y los agentes patógenos responsables de enfermedades epidémicas y contagiosas". En Italia, por ejemplo, los mariscos son culpables de la cuarta parte de los casos de tífus. No es ajeno a la polución de las aguas el hecho de que el tífus prácticamente no exista en los países escandinavos y en cambio castigue todavía con cierta intensidad a los países mediterráneos: España tienen un índice de 53 casos por cada 100.000 habitantes; Italia, 48 casos; Grecia, 44.

El progreso de papel

El Mediterráneo es pequeño y tranquilo; la marea sube poco. No es capaz, por lo tanto, de limpiarse por su cuenta. Los mantos de petróleo que dejan a su paso los navíos no se disuelven en aguas que apenas abarcan 800 kilómetros en su parte más ancha.

Cada año, los barcos arrojan al Mediterráneo no menos de 350.000 toneladas de petróleo. A esta cifra enorme y normal hay que agregar las 30.000 toneladas que echan las refinerías ubicadas en las costas. Una sola tonelada de petróleo bruto puede recubrir 1.200 hectáreas de mar y ensuciar un kilómetro de playas. Un litro de petróleo bruto consume el oxígeno de 400.000 litros de agua de mar. El petróleo funciona como un herbicida que arrasa el plancton y las algas, pero lo más grave es que, a través de los peces, puede transmitir sustancias tóxicas al hombre. El petróleo que las refinerías descargan en el mar contiene, por ejemplo, una buena cantidad de benzopireno, que es el principal agente cancerígeno del cigarrillo. Se puede ingerir benzopireno a través del sargo y la sardina del Mediterráneo, sin advertir nada raro en el sabor.

Los mayores puertos petroleros están en la parte occidental del Mediterráneo. Sólo cinco de los catorce grandes puertos están equipados con un mecanismo que les permite recibir los residuos para evitar que los barcos hagan su toilette en pleno mar. Impunemente, el petróleo va aniquilando el zooplancton y el fitoplancton, esenciales a la vida marítima.

Desde 1965, disminuye la pesca en el Mediterráneo. Los pescadores han dado la alarma, que sigue sonando en campana de palo. Ellos dicen, con resignado humor: "El porvenir de la pesca del Mediterráneo está... en el Atlántico".

Se suceden las conferencias internacionales, los tratados, las convenciones. Después, los Gobiernos se olvidan de ratificar los acuerdos. Y nadie los aplica. ■



Los desechos industriales han convertido la bahía de Portman en una auténtica cloaca.

Para salvar las grandes creaciones griegas será preciso encerrarlas.

Hace sesenta años, Pierre Loti suspiraba, cursilón, desde las alturas del Bósforo, mientras contemplaba el Cuerno de Oro de Estambul. Hoy, el tal Cuerno de Oro no es más que un gran charco de petróleo y basura.

El Mediterráneo no tiene, a diferencia del océano Atlántico, grandes masas de agua para absorber los flujos industriales. Y los desechos de mercurio, plomo, cianuro y material petroquímico no sólo provienen de las fábricas costeras, sino también de los ríos que drenan, hacia el mar, la polución de millares de plantas industriales: el Ródano, el Po, el Arno, el Tíber, el Ebro... y muchos ríos y riachuelos más.

Mar profundo y azul... Cuanto más azul es el agua, menos vida

tienen más que un interés estético y carecen de valor desde el punto de vista de la higiene". La Unión Francesa de Consumidores publicó, en 1970, algunos datos sobre el cochino estado de las playas. Los datos provenían de una investigación del Ministerio de la Salud, pero el Ministerio rápidamente aclaró que habían sido mal interpretados. Existe un pacto de silencio, todo va bien, puesto en práctica para proteger a la sagrada industria turística. El alcalde de Palavas-les-Flots declara: "Los análisis no significan nada. Se trata de una campaña política...". Y otro alcalde de la Costa Azul pregunta a un periodista: "¿Para qué quiere que haga análisis si no pasa nada?".

Sin embargo, según la Organización Mundial de la Salud, "no es exagerado decir que el Medi-

terráneo, ha podido definir al Mediterráneo como una "bomba epidémica de tiempo". Además de los desechos industriales y el petróleo de los barcos y las refinerías, el mar recibe un aluvión de microbios, parásitos, bacterias y virus que vienen desde las cloacas. En el verano del 73, epidemia de cólera en Nápoles: 30 muertos por comer mejillones de la bahía.

Los científicos consideran muy poluida el agua que tiene más de 20.000 colibacilos por litro. "Pasado" ese umbral —afirma Claude-Marie Vadrot—, los bañistas y los peces corren peligro". Casi todo el Mediterráneo excede esa proporción, hasta llegar al inverosímil índice de cuatro millones de colibacilos por litro, record mundial después de Calcuta, que se encuentra en la desembocadura del

terráneo, ha podido definir al Mediterráneo como una "bomba epidémica de tiempo". Además de los desechos industriales y el petróleo de los barcos y las refinerías, el mar recibe un aluvión de microbios, parásitos, bacterias y virus que vienen desde las cloacas. En el verano del 73, epidemia de cólera en Nápoles: 30 muertos por comer mejillones de la bahía.